

de salir... Hace un tiempo de perros... Aparte de esto, creo que tengo alucinaciones... El que llamaba hace un momento á la sirena—vete á ver en el fondo del lago si llama todavía—pues bien, se parecía... ¡Ajaja! Vuélvete... ¿Estás contenta?... Ya te he desatado... ¡Dios mío!... ¡Tus muñecas!... ¿Te ha hecho daño, di?... Esto sólo merece la muerte. Y, á propósito de muerte, tengo que cantarle su misa...

Al oír aquellas terribles frases, no pude menos de tener un espantoso estremecimiento... Yo también había llamado una vez á la puerta del lago... y, sin saberlo, ciertamente, había puesto en marcha alguna corriente advertidora... Y recordaba los dos brazos salidos de las aguas negras como tinta... ¿Quién había sido el desgraciado extraviado en aquellas orillas?

El pensamiento de aquel desgraciado me impedía casi regocijarme por la estratagema de Cristina y, sin embargo, el vizconde murmuraba á mi oído esta palabra mágica: ¡Libre!... ¿Quién, quién era el otro, por el que estábamos oyendo la misa de difuntos?

¡Ah! el sublime y furioso canto... Toda la casa del lago rugía. Todas las entrañas de la tierra se estremecían... Habíamos pegado el oído al muro para oír la comedia de Cristina Daé para libertarnos, pero no oíamos más que la misa de difuntos. Aquello era más bien una misa de condenados, como si en el centro de la tierra se formase una ronda de demonios.

Recuerdo que el "Días iras" que "él" cantó nos envolvió como en una tempestad. Sí, teníamos el rayo y los relámpagos alrededor de

nosotros. Háblele yo oído cantar en otro tiempo. Llegó á hacer cantar á los toros androcéfalos en los muros del palacio de Mazenderan. Pero cantar así, ¡jamás, jamás! Cantaba como el dios del trueno.

De repente, el órgano y la voz se callaron tan bruscamente, que el vizconde y yo retrocedimos detrás de la pared, de tal modo fuimos sorprendidos... Y la voz, repentinamente cambiada, transformada, rugió distintamente estas palabras metálicas:

—¿Qué has hecho de mi saco?

XXVI

COMIENZAN LOS SUPPLICIOS
(CONTINUACION DEL RELATO DEL PERSA).

La voz repitió con furor:

—¿Qué has hecho de mi saco?

Cristina no debía de temblar más que nosotros.

—¿Era para cogerme mi saco para lo que querías que te desatase?

Se oyeron pasos precipitados, la carrera de Cristina que volvía á la cámara Luis Felipe como para buscar un refugio delante de nuestro muro.

—¿Por qué huyes? decía la voz rabiosa que la había seguido...

¿Quiéres devolverme mi saco? No sabes que es el saco de la vida y de la muerte?

—Escúcheme usted, Erik, suspiró la joven... Puesto que en adelante está convencido que hemos de vivir juntos, ¿qué le importa á usted? Todo lo que es suyo me pertenece.

Fué aquello dicho de un modo tan tembloroso, que daba lástima.

La desgraciada debía estar empleando toda la energía que le quedaba para sobreponerse á su terror... Pero no era con tan infantiles supercherias, dichas castañeteando los dientes, como podía engañar al monstruo.

—Bien sabe usted que no hay ahí dentro más que las llaves. ¿Qué quiere usted hacer de ellas? preguntó.

—Querria, dijo Cristina, visitar esa cámara que me ha ocultado usted siempre... Es una curiosidad de mujer, añadió en un tono que quería ser cariñoso y que debió de aumentar la desconfianza de Erik, de tal modo sonaba á falso.

—No me gustan las mujeres curiosas, replicó el monstruo, y debía usted de desconfiar, conociendo la historia de Barba Azul... ¡Ea! devuélvame usted mi saco... ¿Quiéres dejar la llave, curiosilla?

Y prorrumpió en una carcajada sardónica, mientras Cristina arrojaba un grito de dolor... Erik acababa de quitarle el saco.

En este momento, el vizconde, no pudiendo contenerse más, dió un grito de rabia impotente, que logró difícilmente ahogar en sus labios.

—¡Calla!... dijo el monstruo. ¿Qué es eso?... ¿No has oído, Cristina?

—¡No, no! respondió la desgraciada. ¡No he oído nada!

—Mo parecía que habían dado un grito.

—¡Un grito!... ¿Está usted loco, Erik... ¿Quién quiere usted que grite en el fondo de esta morada?... Soy yo la que he gritado, porque me hacía usted daño... Yo no he oído nada...

—¡Cómo me dices eso! ¡Estás temblando...! ¡Han gritado! ¡Han gritado!... ¡Hay alguien en la cámara de los suplicios!... ¡Ah! ahora comprendo...

—¡No hay nadie, Erik!

—¡Comprendo!...

—¡Nadie!...

—¡Tu novio, acaso!...

—Yo no tengo novio, bien lo sabe usted...

Una nueva carcajada feroz.

—Por lo demás, es tan fácil saberlo... Mi adorada Cristina, mi amor, no es necesario abrir la puerta para ver lo que pasa en la cámara de los suplicios. ¿Quiéres ver?... ¡Mira!... Si hay alguien, si hay verdaderamente alguien, vas á ver iluminarse cerca del techo la ventana invisible... Basta correr esta cortina negra y apagar aquí... ¡Ajaja!... apaguemos... Tú no tienes miedo de la obscuridad en compañía de tu marido...

Se oyó entonces la voz angustiada de Cristina.

—¡No! No apague usted... ¡Tengo miedo!... ¡Le digo á usted que tengo miedo de la obscuridad!... Esa cámara no me interesa ya nada... Es usted el que siempre me está metiendo miedo, como á una niña, con la tal cámara de los suplicios... Así es que he sido curiosa, es cierto, pero ya no me interesa absolutamente nada...

Y lo que yo temía más que todo comenzó "automáticamente"... De pronto fuimos inundados de luz... Sí, detrás de nuestro muro parecía que se había prendido fuego. El vizconde, que no lo esperaba, se quedó tan sorprendido, que vaciló. Y una voz de cólera estalló al lado.

—¿Cuando yo te decía que había alguien!... ¿Ves ahora la ventana?... ¿Ves la ventana luminosa?... El que está detrás del muro no la ve, pero tú vas a subir para verla en la escala doble, que está ahí para eso... Con frecuencia me has preguntado para qué servía... Pues bien, ya estás enterada... Sirve para mirar por la ventana de la cámara de los suplicios, curiosilla...

—¿Qué suplicios? ¿Qué suplicios hay ahí dentro? ¡Erik! ¡Erik!... dígame usted que quiere meterme miedo... ¡Dígame si me ama!... ¿Verdad que no hay suplicios?... ¡Esas son historias para los niños!

—¡Vaya usted, vaya a ver por la ventanilla!...

Yo no sé si el vizconde, que estaba a mi lado, oía ahora la voz desfallecida de la joven, tan ocupado estaba en el espectáculo inaudito que acababa de surgir ante su vista asombrada... Pero yo, que había visto aquel espectáculo con demasiada frecuencia por la ventanilla de las "Horas rosa de Mazenderan," no me ocupaba de lo que se decía al lado y buscaba un modo de obrar, una resolución que tomar.

—¡Vaya usted, vaya a ver por por la ventanilla... Usted me dirá después "cómo tiene hecha la nariz"....

Oímos rodar la escala que se aplicó al muro.

—Suba usted... ¿No?... pues voy a subir yo, querida.

—Pues bien, sí, déjeme usted... Voy a ver...

—¡Ah! querida... Adorada mía, qué buena es usted... Es amable el ahorrarme ese trabajo a mi edad... Usted me dirá cómo

tiene hecha la nariz... Si las personas sospechasen la felicidad que es tener una nariz, una nariz propia... jamás vendrían a pasearse por la cámara de los suplicios...

En estos momentos oímos distintamente, encima de nuestras cabezas, estas palabras:

—"Amigo mío, no hay nadie."

—¿Nadie? ¿Está usted segura de que no hay nadie?...

—¡No, no! ¡No hay nadie!...

—Y bien, mejor... ¿Qué tiene usted, Cristina?... ¡Cómo! no vaya usted a desmayarse...

¡Puesto que no hay nadie! ¡Vaya! baje usted y tranquilícese...

¡Puesto que no hay nadie!... "¿Pero cómo encuentra usted el paisaje?..."

¡Oh! muy bien.

—¡Vamos!... Ya está usted mejor... ya está usted mejor... Nada de emociones... ¡Qué casa tan rara, ¿verdad? en la que se pueden ver semejantes paisajes!...

—Sí, se creería estar en el Museo Grevin... Pero oiga usted, Erik, no hay suplicios ahí...

¡Me ha dado usted miedo!...

—¿Por qué, puesto que no hay nadie?...

—¿Es usted quien ha hecho esa cámara, Erik?... ¡Sabe usted que es muy hermosa! Decididamente es usted un gran artista...

—Sí, un gran artista, "en mi género."

—Pero dígame usted, Erik, ¿por qué ha llamado usted a ese cuarto cámara de los suplicios?

—Es muy sencillo. En primer lugar, ¿qué es lo que usted ha visto?

—He visto una selva.

—¿Y qué es lo que hay en una selva?

—Arboles...

—¿Y qué hay en un árbol?

—Pájaros...

—¿Ha visto usted pájaros?...

—No, no he visto pájaros.

—¿Qué has visto entonces?...

Busca... Has visto ramas...

¿Y qué hay en una rama?...

dijo la voz terrible. "Hay una horca."

Aquí tienes por qué llamo a mi selva la cámara de los suplicios...

Ya ves que no es más que una manera de hablar...

Todo esto es broma... Yo no me expreso jamás como los otros...

No hago nada como los demás...

Pero estoy muy cansado de ello...

muy cansado... Estoy harto ¿sabes?

de tener una selva en mi casa y una cámara de los suplicios...

Y de estar alojado como un charlatán en una caja de doble fondo...

¡Estoy harto, harto!... Quiero tener un departamento tranquilo,

con puertas y ventanas ordinarias, y una honrada mujer como todo el mundo...

Deberías comprender, esto, Cristina, y no necesitar de que te lo diga a cada paso...

¡Una mujer como todo el mundo!...

¡Una mujer a la que amaría y a la que llevaría a paseo los domingos y a la que haría reír toda la semana...

¡Ah! no te aburrirías conmigo... Tengo muchos recursos...

sin contar los juegos de cartas... ¡Calla!...

¿Quiéres que te haga juegos de cartas?...

Esto nos hará pasar unos minutos, para esperar a mañana, a las once...

¡Cristina!

¡Cristina mía!... ¿Me escuchas?...

¿No me rechazas?... ¡Me amas!...

¡No! no me amas... Pero no importa, ya me amarás...

En otro tiempo no podías mirar mi careta

á causa de que sabía lo que hay detrás... Y ahora te dignas mirarla, olvidando lo que hay detrás, y ya no me rechazas... Se acostumbra uno a todo cuando se tiene buena voluntad... ¡Cuántas personas que no se amaban antes del matrimonio, se han adorado después!... ¡Ah! no sé yo lo que me digo... Pero te divertirías mucho conmigo... No hay otro como yo, y esto te lo juro delante de Dios, que nos casará, si eres razonable... No hay otro como yo para hacer el ventrilocuo... ¡Soy el primer ventrilocuo del mundo! ¿Te ríes? ¿No me crees acaso?... ¡Escucha!

El miserable, que era, en efecto, el primer ventrilocuo del mundo, estaba aturdiendo á la joven para apartar su atención de la cámara de los suplicios... ¡Cálculo estúpido!... Cristina no pensaba más que en nosotros, y repetía á cada paso en el tono más dulce que podía y con acento de profunda súplica:

¡Apague usted el ventanillo, Erik!... ¡Apague usted el ventanillo!...

Porque pensaba que aquella luz aparecida de repente en la ventana, y de la que el monstruo había hablado de una manera tan amenazadora, tenía una terrible razón de ser... Una sola cosa debía de tranquilizarla momentáneamente, y era que nos había visto á los dos detrás del muro, en el centro del magnífico espectáculo luminoso, en pie y en buena salud... Pero hubiera estado ciertamente más tranquila si la luz se hubiera apagado.

Erik había comenzado á hacer el ventrilocuo y decía:

—¡Mira!... me levanto un po'

co la máscara, un poco solamente... ¿Me ves los labios, ó lo que tengo en vez de labios?... ¡No se mueven! Mi boca, mi especie de boca, está cerrada... Y sin embargo, escuchas mi voz... Hablo con el vientre, y es cosa natural... Se llama á esto ser ventrílocuo y es muy conocido... Oye mi voz... ¿Dónde quieres que vaya?... ¿A tu oreja izquierda?... ¿A la derecha?... ¿A la mesa?... ¿A los cofrecillos de ébano de la chimenea?... ¡Ah! esto te asombra... ¡Mi voz está en los cofrecillos de la chimenea! ¿La quieres lejana?... ¿La quieres próxima?... ¿Sonora?... ¿Aguda?... ¿Gangosa?... Mi voz se pasea por todas partes... Escucha lo que dice en el cofrecillo de la derecha: "¿Hay que volver el escorpión?... Y ahora en el de la izquierda: "¿Hay que volver el saltamontes?... Y ahora en el saquito de cuero: "Soy el saco de la vida y de la muerte... Y, ahora, óyela en la garganta de Carlota... ¿Qué es lo que dice?... "Escucho esa voz solitaria..." ¡quiquiriqui!... "que canta en mí..." ¡quiquiriqui!... Y ahora, ha llegado á una silla del palco del fantasma... y dice: "La Carlota canta esta noche "para hacer caerse la lucerna..." ¿Pero dónde está ahora la voz de Erik?... ¡Escucha!... Está detrás de la puerta de la cámara de los suplicios... ¿Y qué es lo que dice?... "Desgraciados los que tienen una nariz, una verdadera nariz propia, y vienen á pasearse por la cámara de los suplicios!"

¡Maldita voz del formidable ventrílocuo! Estaba en todas partes... Pasaba por la ventana invisible, á través de los muros... ¡Erik es-

taba allí, nos hablaba, é hicimos un movimiento para arrojarnos á él... pero más rápida é incoercible que la voz sonora del eco, la voz de Erik había rebotado detrás del muro...

Pronto no pudimos oír nada más, porque hé aquí lo que pasó. La voz de Cristina:

—¡Erik, Erik! me cansa usted con su voz... ¡Cállese usted, Erik! ¿No encuentra usted que hace calor aquí?

—Sí, respondió la voz de Erik. El calor se hace insoportable.

Otra vez la voz angustiada de Cristina:

—¿Pero qué es esto? ¡El muro está ardiendo!

—Voy á decir á usted, Cristina querida; es á causa de la selva de al lado...

—¿Qué quiere usted decir?... ¡La selva!...

—¿No ha visto usted que era una selva del Congo?"

Y la risa del monstruo se elevó tan terrible, que no distinguimos más clamores suplicantes de Cristina. El vizconde gritaba y golpeaba los muros como un loco. No podía ya contenerle... Pero no se oía ya más que la risa del monstruo; y el monstruo mismo no debía de oír más que su risa... Después hubo un ruido de rápida lucha, el de un cuerpo que cae y al que se arrastra por el suelo, y el estrépito de un gran portazo... Después nada, nada más, alrededor de nosotros, que el silencio abrasador del mediodía... en el corazón de una selva de África...

X X V I I

"¡TONELES!... ¡TONELES!...
¿QUIEN VENDE TONELES?..."

(Continuación del relato del persa)

He dicho que la cámara en que nos encontrábamos el vizconde y yo era enteramente hexagonal y guarnecida por completo de espejos. Se han visto después, especialmente en ciertas exposiciones, esas especies de cámaras absolutamente dispuestas de ese modo y llamadas "palacio de los espejismos ó casa de ilusiones". Pero la invención corresponde á Erik, que construyó ante mi vista la primera sala de ese género cuando las "Horas rosas de Mazenderan". Bastaba colocar en los rincones cualquier objeto decorativo, una columna, por ejemplo, para tener instantáneamente un palacio de las mil columnas, pues, por efecto de los espejos, la sala se aumentaba con otras seis hexagonales, cada una de las cuales se multiplicaba hasta el infinito. En otro tiempo, para divertir á la sultana, había dispuesto así una decoración que figuraba "el templo innumerable"; pero la sultana se cansó pronto de tan infantil ilusión y Erik, entonces, transformó su invención en cámara de los suplicios. En lugar del objeto escultural puesto en los rincones, puso en los primeros cuadros un árbol de hierro. ¿Por qué era de hierro este árbol, que imitaba perfectamente la vida con sus hojas pintadas?... Porque debía ser bastante sólido para resistir

á todos los ataques del "paciente", á quienes metía en la cámara de los suplicios. Veremos cómo, por dos veces, la decoración así obtenida se transformaba instantáneamente en otras dos, gracias á la rotación automática de los ejes de las esquinas, cada uno de los cuales soportaban una nueva decoración.

Los muros de aquella extraña sala no ofrecían presa alguna al paciente, puesto que, fuera del objeto decorativo, de una solidez á toda prueba, estaban solamente guarnecidos de espejos bastante sólidos para que no tuviesen nada que temer del miserable á quien se encerraba allí, desnudo de piés y manos.

Ningún mueble. El techo era luminoso. Un ingenioso sistema de calefacción eléctrica, que ha sido imitado después, permitía aumentar la temperatura de los muros y dar así á la sala la atmósfera que se quería.

Me empeño en enumerar todos los detalles de una invención muy natural, que daba la ilusión sobrenatural de una selva ecuatorial abrasada por el sol del mediodía, para que nadie pueda poner en duda la normalidad actual de mi cerebro, ni me tome por un loco á por embustero. (1)

Si hubiera yo contado las cosas así: "Habiendo descendido al

(1) En la época en que escribía el persa, se comprende bien que tomase tantas precauciones contra la incredulidad, hoy, cuando todo el mundo ha podido ver esa clase de salas, esas precauciones serían superfluas.

fondo de una cueva, encontramos una selva ecuatorial abrasada por el sol del mediodía", hubiera obtenido un hermoso efecto de estúpido asombro, pero no quiero efecto alguno, pues al escribir estas líneas, mi objeto es contar exactamente lo que nos ocurrió al vizconde de Chagny y á mí en una aventura terrible que ha ocupado un momento á la justicia de este país.

Reanudo ahora los hechos donde los he dejado.

Cuando se iluminó el techo y apareció la selva á nuestro alrededor, la estupefacción del vizconde fué mayor que todo lo que se puede imaginar. La aparición de aquella selva impenetrable, cuyos innumerables troncos y ramas nos enlazaban "hasta el infinito", le sumió en una consternación espantosa. Se pasó las manos por la frente como para ahuyentar una visión de sueño, parpadearon sus ojos como si al despertar le costase trabajo conocer la realidad de las cosas, y, por un instante, se olvidó de "escuchar."

Ya he dicho que la aparición de la selva no me sorprendió nada; así es que escuché por los dos lo que pasaba en la sala de al lado. Mi atención era especialmente atraída, menos por la decoración, de la que se desinteresaba mi pensamiento, que por el espejo mismo que la producía. Aquel espejo, por ciertos sitios, "estaba rajado."

Sí, tenía roturas, se había logrado estrellarle á pesar de su solidez, y ésto me probaba que la cámara de los suplicios en que nos encontrábamos, había ya servido.

Un desgraciado, cuyos pies y cuyas manos estaban menos desnu-

dos que las de los condenados de Mazenderan, había ciertamente caído en aquella ilusión mortal y loco de rabia, había golpeado los espejos, que, á pesa: de sus ligeras heridas, no habían dejado de reflejar su agonía. Y la rama del árbol en que había terminado su suplicio, estaba dispuesta de tal modo, que antes de morir, había podido ver agitarse con él—consuelo supremo—mil ahorcados.

¡Sí, sí, José Buquet había pasado por allí!

¿Ibamos á morir como él? Yo no lo creía, pues sabía que teníamos por delante unas horas, podría emplearlas más útilmente de lo que José Buquet había podido hacerlo.

¿No tenía yo un conocimiento profundo de la mayor parte de las artimañas de Erik? Era el momento de servirme de lo que sabía.

En primer lugar, no pensé ni un momento en salir por el paso que nos había conducido á aquella cámara maldita, ni me ocupé de la posibilidad de hacer funcionar la piedra interior que cerraba ese paso. La razón era sencilla: no tenía medio de hacerlo... Habíamos saltado de muy alto en la cámara de los suplicios, y ningún mueble nos permitía llegar á aquel paso, ni la rama de hierro del árbol, ni los hombros de uno de nosotros como escalón.

No había más que una salida posible, la que daba al cuarto Luis Felipe en que se encontraban Erik y Cristina. Pero si esa salida tenía el aspecto ordinario de puerta del lado de Cristina, era absolutamente invisible para nosotros.... Había, pues, que intentar abrirla sin saber siquiera el sitio que ocu-

paba, lo que no era una tarea ordinaria. De todos modos, estaba yo convencido de que había un modo de abrir esta puerta desde el interior de la cámara de los suplicios; pues había visto con mis propios ojos á Erik entrar en su casa por esa cámara.

Cuando estuve seguro de que no había esperanza alguna para nosotros del lado de Cristina, por haber oído al monstruo arrastrarla fuera de la cámara Luis Felipe "para que no estorbase nuestro suplicio", resolví ponerme en seguida á la tarea, es decir, á la busca del secreto de la puerta.

Pero, ante todo, tuve que calmar al vizconde que ya se paseaba por la plazoleta como un alucinado, lanzando clamores incoherentes. Los retazos de conversación que había sorprendido, á pesar de su emoción, entre Cristina y el monstruo, no habían contribuido poco á ponerle fuera de sí. Si á ésto se añade el efecto de la selva mágica y el ardiente calor que empezaba á hacer relucir el sudor en nuestras frentes, se comprenderá sin trabajo, que el humor del vizconde empezaba á sufrir cierta exaltación. A pesar de mis recomendaciones, mi compañero no mostraba ya prudencia alguna.

Iba y venía sin razón, se precipitaba en un espacio que no existía, creyendo entrar en una calle de árboles que le conducía al horizonte, y tropezaba á los pocos pasos en el reflejo mismo de su ilusión de selva....

Gritaba: ¡Cristina!.... ¡Cristina!.... y agitaba la pistola, desafiando á un duelo á muerte al Ángel de la Música é injuriando igual-

mente á su selva ilusoria.... Era el suplicio, que producía su efecto en un espíritu no prevenido. Traté de combatirlo en lo posible, razonando lo más tranquilamente del mundo con aquel pobre vizconde, haciéndole tocar con el dedo los espejos y el árbol de hierro, y explicándole, según las leyes de la óptica, las imágenes luminosas en que estábamos envueltos y de las que no podíamos ser víctimas como vulgares ignorantes.

—Estamos en una habitación, en una habitación pequeña, ésto es lo que tiene usted que repetirse sin cesar.... Y saldremos de esta habitación cuando encontremos la puerta. Pues bien, busquémosla.

Y le prometí que, si me dejaba hacer, sin aturdirme con sus gritos y sus paseos de loco, habría encontrado el secreto de la puerta antes de una hora.

Entonces se echó en el suelo, como se hace en los bosques, y declaró que esperaba que hubiese encontrado la puerta (puesto que no había cosa mejor que hacer. Y creyó deber añadir que, desde el sitio en que se encontraba, "la vista era espléndida." El suplicio, á pesar de todo lo que yo había podido decir, hacía su efecto.

Yo, "olvidando la selva," elegí un lado de espejos y me puse á palparlo en todos sentidos, "buscando en él el punto débil" en que debía apoyar para hacer girar la puerta según el sistema de trampas y puertas giratorias de Erik. Ese punto débil podía ser una simple mancha en el espejo, del tamaño de un guisante, en la que se encontrase el resorte. ¡Busqué!.... ¡Busqué!.... Palpé á toda la altu-

ra á que mis manos podían alcanzar, pues Erik era, poco más ó menos, de la misma estatura que yo, y pensaba que no había puesto el resorte más alto de lo que correspondía á su estatura. No era ésto más que una hipótesis, pero mi única esperanza. Había decidido dar así, y sin debilidad, la vuelta de los seis lados de espejo y examinar en seguida el suelo muy atentamente.

Al mismo tiempo que palpaba las paredes con el mayor cuidado, me esforzaba por no perder un minuto pues el calor se apoderaba más y más de mí, y nos estábamos achicharrando en aquella selva en llamas.

Estaba así trabajando hacia media hora y había ya acabado con tres caras de espejo, cuando quiso nuestra mala suerte que me volviese al oír una sorda exclamación lanzada por el vizconde.

—¡Me ahogo! decía. . . . Todos estos espejos se envían un calor infernal. . . . ¿Va usted á encontrar pronto ese resorte? Per poco que usted tarde, nos vamos á asar aquí.

No me disgustó el oírle hablar así. No había dicho una palabra de la selva y esperaba que la razón de mi compañero podría luchar aún bastante tiempo con el suplicio. Pero añadió:

—Lo que me consuela es que el monstruo ha dado á Cristina hasta mañana á las once; si no podemos salir de aquí y socorrerla, al menos habremos muerto antes que ella. . . La misa de Erik podrá servir para todo el mundo.

Y aspiró una gran bocanada de

aire caliente que casi le hizo desfallecer.

Como yo no tenía las mismas desesperadas razones que el vizconde para aceptar la muerte, me volví, después de unas palabras de consuelo, hacia mi espejo, pero había hecho mal de dar unos pasos hablando, pues en la confusión inaudita de la selva ilusoria no encontré el lado de espejo que estaba examinando. Me veía obligado á volver á empezar al azar. . . . Así es que no pude menos de expresar mi contrariedad y el vizconde comprendió que no habíamos adelantado nada.

—¡No saldremos jamás de esta selva! gimió.

Y su desesperación fué en aumento, lo que le hacía olvidar que no tenía que habérselas sino con espejos y creer más y más que estaba engolfado en una verdadera selva.

Hábame yo puesto á buscar. . . á palpar. . . La fiebre se apoderaba también de mí, porque no encontraba nada. . . . absolutamente nada. . . . En la cámara de al lado seguía el mismo silencio. Estábamos perdidos en la selva. . . sin salida. . . sin guía. . . sin brújula. . . sin nada. ¡Oh! sabía lo que nos esperaba si nadie venía en nuestro socorro. . . ó si yo no encontraba el resorte. . . . Pero, por mucho que le buscaba, no encontraba más que ramas. . . . admirables ramas que se erguían rectas delante de mí ó se redondeaban preciosamente encima de mi cabeza. . . . ¡Pero no daban sombra! Era natural, por otra parte, puesto que estábamos en una selva ecuatorial, con

el sol exactamente sobre nuestras cabezas. . . una selva del Congo. . .

En varias ocasiones, el vizconde y yo, nos habíamos quitado y vuelto á poner el frac, encontrando unas veces que daba calor y otras que nos garantizaba contra él.

Yo resistía aún moralmente, pero el vizconde me pareció "chiflado" por completo. Suponía que hacía tres días y tres noches que estaba andando sin parar por esta selva, en busca de Cristina Daé. De vez en cuando creía verla detrás de un tronco de árbol ó deslizándose á través de las ramas, y la llamaba con palabras suplicantes que me arrancaban lágrimas. —"Cristina! decía, ¿por qué huyes de mí? ¿No me amas? ¿No somos prometidos? ¡Cristina, detente! . . . ¡Ya ves que estoy rendido! ¡Cristina, ten piedad! . . . ¡Voy á morir en la selva. . . lejos de tí! . . ."

—¡Oh! tengo sed. . . . dijo al fin con acento delirante.

También yo la tenía. . . . Mi garganta era de fuego. . . .

Y, sin embargo, acurrucado en el suelo, eso no me impedía buscar. . . buscar. . . buscar el resorte de la puerta invisible, con tanto más ahínco cuanto que la selva se hacía peligrosa al acercarse la noche. Ya la sombra comenzaba á envolvernos, llegada muy de prisa, como sucede en los países ecuatoriales. . . en los que apenas hay crepúsculo. . .

Ahora bien, la noche en esas selvas es siempre peligrosa, sobre todo, cuando, como nosotros, no se tiene con qué encender fuego para alejar á las fieras.

Había yo intentado, abandonando un instante la busca del resorte, romper ramas para encenderlas con mi linterna sorda, pero había tropezado, yo también, con los famosos espejos y ésto me había recordado á tiempo, que no teníamos que habérnoslas sino con imágenes de ramas. . . .

El calor no se había marchado con el día, al contrario. . . . Era mayor bajo la luz azulada de la luna. Volví á recomendar al vizconde que tuviese las armas dispuestas á hacer fuego y que no se separase de nuestro campamento mientras yo seguía buscando mi resorte.

De repente, se dejó oír á pocos pasos el rugido del león, que nos desgarró los oídos.

—¡Oh! dijo el vizconde, no está lejos. . . . ¿Le ve usted? Allí, en aquella espesura. . . . Si vuelve á rugir, tiro. . . .

Volvióse á oír el rugido, más formidable. Y el vizconde tiró, pero, en vez de herir al león, rompió un espejo; lo eché de ver á la mañana siguiente. Durante la noche, habíamos debido de hacer un buen camino, pues nos encontramos de repente al borde del desierto, de un

EL FANTASMA DE LA OPERA.—7.

inmenso desierto de arena, de piedras y de rocas. No valía la pena de haber salido de la selva para caer en el desierto. Ya cansado, me eché al lado del vizconde, personalmente fatigado de buscar resortes que no encontraba.

Estaba enteramente asombrado—y se lo dije al vizconde—de que no hubiésemos tenido durante la noche otros males encuentros. Ordinariamente, después del león viene el leopardo y algunas veces el zumbido de la mosca tsé-tsé. Eran estos efectos muy fáciles de obtener, y expliqué al vizconde, mientras descansábamos antes de atravesar el desierto, que Erik obtenía el rugido del león con un largo tamboril, terminado por un parche en uno sólo de sus extremos.

En este parche está atada una cuerda de tripa, sujeta por su centro á otra cuerda del mismo género que atraviesa el tamboril en toda su altura. Erik no tiene entonces más que frotar esta cuerda con un guante untado, de pez, y, según cómo frota, imita hasta equivocarse el rugido del león, el del leopardo y hasta el ruido de la mosca tsé-tsé.

La idea de que Erik podía estar en la cámara de al lado con sus artimañas, me inspiró de repente la idea de entrar en negociaciones con él, pues evidentemente había que renunciar á la idea de sor-

prenderle. Y, ahora, debía de saber á qué atenerse respecto de los habitantes de la cámara de los suplicios. Le llamé: ¡Erik! ¡Erik!... Grité todo lo fuerte que pude á través del desierto, pero nadie respondió á mi voz... Por todas partes, á nuestro alrededor, el silencio y la inmensidad desnuda de aquel desierto petrificado... ¿Qué iba á ser de nosotros en medio de aquella espantosa soledad?...

Empezábamos á morirnos, literalmente y de sed... de sed sobre todo... En fin, vi al vizconde incorporarse sobre el coño y designarme un punto en el horizonte... ¡Acababa de descubrir el oasis!...

Sí... allí, á lo lejos, el desierto dejaba el puesto al oasis... un oasis con agua... agua limpia, como un espejo... agua que reflejaba al árbol de hierro... ¡Ah! aquel debía de ser el cuadro del "espejismo"... le conocí en seguida... el más terrible... Nadie había podido resistir... nadie... Yo me esforzaba por conservar toda mi razón... y por no esperar el agua, porque sabía que si se esperaba el agua, el agua que reflejaba al árbol de hierro, y que si después de haber esperado el agua tropezaba uno con el espejo, no había más que una cosa que hacer, colgarse del árbol de hierro.

Así fué que grité al vizconde:

"¡Es el espejismo!... ¡no crea usted en el agua!... ¡Es todavía la artimaña del espejo!... Entonces, él me envió redondamente á paseo con mi artimaña del espejo, mis resortes, mis puertas giratorias y mi palacio de los milagros... Afirmó rabioso que yo estaba loco ó ciego para imaginar que toda aquella agua que corría á lo lejos, entre hermosos é innumerables árboles, no era verdadera agua... ¡El desierto era verdad, y también la selva... A él no se la daba nadie, porque había viajado mucho y por todos los países... Y se arrastró diciendo: ¡Agua! ¡Agua!

Y tenía la boca abierta como si bebiese, y yo también la abrí como si fuese á apagar la sed...

Porque no sólo veíamos el agua, sino que la oíamos.

En fin, suplicio más intolerable que todos, oíamos la lluvia y no llovía. Era ésta la invención endiablada... ¡Oh! sabía yo muy bien cómo la obtenía Erik. Llenaba de piedrecitas una caja muy estrecha y muy larga, cortada por intervalos de esclusas de madera y de metal. Las piedrecitas, al caer, encontraban estas separaciones y chocaban unas con otras produciendo enteramente el ruido de un chaparrón.

Había que ver cómo sacábamos la lengua el vizconde y yo, arras-

trándonos hacia la murmuradora orilla... "Nuestros ojos y nuestros oídos estaban llenos de agua, pero nuestra lengua seguía seca como el cuerno.

Llegado al espejo, el vizconde le lamí... y lo mismo hice yo...

¡El espejo ardía!...

Entonces rodamos por el suelo con un estertor desesperado. El vizconde se acercó á la frente la última pistola que quedaba cargada y yo miré á mis pies el lazo del Pendjab.

¡Sabía yo por qué, en aquella tercera decoración, había vuelto el árbol de hierro!...

¡El árbol de hierro me esperaba!...

Pero, cuando estaba mirando el lazo del Pendjab, vi una cosa que me hizo estremecer tan violentamente, que el vizconde suspendió su movimiento de suicidio. Yo estaba murmurando: "¡Adiós, Cristina!..."

Le cogí el brazo, le quité la pistola y me arrastré de rodillas hasta lo que había visto.

Acababa de descubrir, al lado del lazo del Pendjab, en una ranura del suelo, un clavo de cabeza negra del que conocía el uso...

¡Al fin había encontrado el resorte!... ¡El resorte que iba á hacer girar la puerta y á darnos la libertad!... ¡El resorte que nos iba á permitir apoderarnos de

Erik!... Palpé el clavo y mostré al vizconde una cara radiante... El clavo de cabeza negra cedía bajo mi presión... Y entonces...

... Y entonces, no fué una puerta lo que se abrió en el muro, sino una trampa en el suelo.

En seguida nos llegó un aire fresco por aquel agujero negro y nos inclinamos hacia el cuadrado de sombra como hacia una límpida fuente. Con la cara en sombra fresca, la bebíamos.

Y nos encorvábamos más y más en la trampa. ¿Qué podía haber en aquel agujero? En aquella cueva que acababa de abrirse misteriosamente en el suelo había, acaso, agua... ¡Agua para beber!...

Alargué el brazo en las tinieblas y encontré una piedra... y luego otra... una escalera que bajaba á la cueva.

¡El vizconde estaba ya dispuesto á arrojarle por el agujero!

Allí dentro, aunque no se encontrase agua, se podría escapar á la presión irradiante de los abominables espejos...

Pero detuve al vizconde, pues tenía un nuevo suplicio del monstruo, y con la linterna encendida bajé el primero...

La escalera se hundía en las más profundas tinieblas y daba la vuelta sobre sí misma. ¡Ah! qué adorable frescura la de la escalera y la de las tinieblas...

Aquella frescura no debía tanto de proceder del sistema de ventilación establecido necesariamente por Erik, como de la humedad misma de la tierra, que debía de estar saturada de agua al nivel en que nos encontrábamos... Además, el lago no debía de estar lejos...

Pronto estuvimos en el fin de la escalera... Nuestros ojos empezaban á acostumbrarse á la sombra y á distinguir unas formas redondas á las que dirigí el rayo de luz de la linterna...

¡Toneles!...

¡Estábamos en la bodega de Erik!

¡Allí era donde debía de encerrar el vino y, acaso, el agua potable!

Sabía yo que Erik era muy aficionado á los buenos vinos... ¡Ah! había allí qué beber...

El vizconde acariciaba las formas redondas y repetía incansablemente:

—¡Toneles, toneles!... ¡Cuántos toneles!...

En realidad había cierta cantidad de ellos alineada simétricamente en dos filas, entre las que nos encontrábamos.

Eran toneles muy pequeños, y pensé que Erik los había elegido de ese tamaño para transportarlos fácilmente á la casa del lago.

Los examinamos uno tras otro para ver si en alguno de ellos ha-

bía alguna cantimplora que indicase que estaba empezado.

Pero todos estaban herméticamente cerrados.

Después de haber tomado uno á pso para convencernos de que estaba lleno, nos pusimos de rodillas y con una navajita que llevaba conmigo nos propusimos hacer saltar el primer aro.

En este momento me pareció oír, muy á lo lejos, una especie de canto monótono cuyo ritmo me era conocido por haberlo oído muchas veces en las calles de París:

—¡Toneles!... ¡Toneles!...
¿Quién vende toneles?...

Mi mano se quedó inmóvil en el aro... El vizconde había también oído, pues me dijo:

—¡Es gracioso!... ¡Se diría que el tonel canta!...

Y el canto volvió á empezar más lejano:

—¡Toneles!... ¡Toneles!...
¿Quién vende toneles?...

—¡Oh! le juro á usted, dijo el vizconde, que el canto se aleja dentro del tonel...

Pero no oímos nada más, y acabamos aquello á la gran perturbación en que estaban nuestros sentidos.

Y volvimos al aro. El vizconde apoyó en él las dos manos juntas, y, en un último esfuerzo, le hice saltar.

—¿Qué es ésto? exclamó en seguida el vizconde. ¡No es agua!

El vizconde acercó á mi linterna las dos manos llenas, me inclinó hacia ellas y... de repente, arrojé la linterna lejos de nosotros, con tal violencia, que se apagó y se rompió... quedando perdida.

¡Lo que acaba de ver en las manos del vizconde... "¡era pólvora!"

XXVIII

¿DOY VUELTA AL ESCORPION? ¿DOY VUELTA
AL SALTAMONTES?

(Fin del relato del persa).

¡Así, al bajar al fondo de la cueva, había yo tocado al fondo mismo de mi formidable sospecha! El miserable no me había engañado con sus vagas amenazas á mucha gente de la especie humana. Fuera de la humanidad, se había preparado lejos de los hombres una guarida de fiera subterránea, resuelto á hacerlo saltar todo con él en una espantosa catástrofe, si los de encima de la tierra iban á perseguirle en el antro en que había refugiado su monstruosa fealdad.

El descubrimiento que acabábamos de hacer, nos produjo una emoción que nos hizo olvidar todos nuestros sufrimientos presentes y pasados.... Nuestra excepcional situación, aun habiendo estado hacía un momento al borde mismo del suicidio, no se nos había aún aparecido en todo su espanto. Compre-

ndamos entonces lo que había querido decir el monstruo á Cristina y lo que significaba su abominable frase: "Sí ó no.... Si es no, todo el mundo es muerto y enterrado...." ¡Sí, enterrado bajo los escombros de lo que había sido la Grande Opera de París.... ¿Se podía imaginar más espantoso crimen para dejar el mundo en una apoteosis de horror?.... Preparada por la tranquilidad de su retiro, la catástrofe iba á servir para vengar los amores del más horrible monstruo que se había aún paseado bajo los cielos.... "¡Mañana, por la noche, á las once, último plazo!" ¡Ah! había escogido bien la hora.... Habría mucha gente en la fiesta.... Muchos de los de la raza humana.... arriba, en la sala esplendente de la casa de música.... ¿Qué más hermoso corta-

jo podía él soñar para morir?.... Iba á bajar á la tumba con los bellos hombros del mundo, adornados de todas las alhajas.... ¡Mañana, á las once de la noche!.... Debíamos saltar en plena función, si Cristina Daé decía: ¡No!.... ¡Mañana, á las once de la noche!... ¿Y cómo no había de decir no Cristina Daé? ¿No preferiría casarse con la muerte misma á aquel cadáver viviente? ¿Acaso no ignoraba que su negativa era la sentencia fulminante para muchos de la raza humana?.... ¡Mañana, á las once de la noche!....

Y arrastrándonos en las tinieblas, para huir de la pólvora, tratando de encontrar los escalones de piedra, pues la trampa que conducía á la cámara de los espejos, se había apagado á su vez, nos repetíamos: ¡Mañana, á las once de la noche!....

Por fin, encuentro la escalera... pero de repente me levanto en el primer escalón, pues un pensamiento terrible me abrasa de pronto el cerebro:

—¿Qué hora es?

¡Ah! ¿Qué hora es?.... ¿Qué hora es?.... Porque, en fin, mañana á las once es acaso hoy, es acaso en seguida.... ¿Quién podría decirnos qué hora es?.... Porque nos parece que llevamos encerrados en este infierno días y días.... años.... desde el princi-

pio del mundo.... ¡Todo esto va á saltar al instante!.... ¡Ah! un ruido.... un crujido.... ¿Ha oído usted?.... ¡Allí, Allí!.... en el rincón.... como un ruido de mecánica.... ¡Otra vez!.... ¡Oh! tener una luz.... Acaso es la mecánica lo que lo va á hacer saltar todo!.... Le digo á usted que ha habido un crujido.... ¿Está usted sordo?....

El vizconde y yo nos ponemos á gritar como locos.... el miedo nos agujonea, y subimos la escalera rodando por los escalones.... Puede que la trampa esté cerrada.... Es acaso esa puerta cerrada lo que hace esta obscuridad.... ¡Ah! salir, salir de lo negro, recobrar la claridad mortal de la cámara de los suplicios....

Pero hemos llegado á lo alto de la escalera.... No, la trampa no está cerrada, pero está oscura también la cámara de los espejos... Salimos enteramente de la cueva y nos arrastramos por el suelo de la cámara de los suplicios.... por el suelo que nos separa de aquel polvorín.... ¿Qué hora es?.... Gritamos, llamamos.... El vizconde grita con todas sus fuerzas que renacen: ¡Cristina!.... ¡Cristina!... Y yo llamo á Erik.... y le recuerdo que le he salvado la vida.... Pero nada nos responde.... nada más que nuestra propia desesperación.... que nuestra locu-

ra..... ¿Qué hora es?.....
 ¡Mañana, á las once de la noche!..
 Discutimos esforzándonos por medir el tiempo que hemos pasado allí... pero estamos incapaces de razonar... Mi reloj está parado hace mucho tiempo... pero el del vizconde anda todavía... Me dice que le ha dado cuerda al vestirse para ir á la Opera... Tratamos de sacar de ese hecho alguna deducción que nos deje esperar que no hemos llegado aún al minuto fatal....

El menor ruido que nos llega por la trampa, que he tratado en vano de cerrar, nos sume en la más atroz angustia..... ¿Qué hora es?..... No tenemos ni un fósforo... y, sin embargo, habría que saber... El vizconde imagina romper el cristal de su reloj y palpar las dos manecillas. Un momento de silencio, durante el cual él palpa las manecillas con las yemas de los dedos... La argolla del reloj le sirve de punto de comparación..... Y por la separación de las manecillas, estima que deben de ser justamente las once....

Pero las once que nos hacen estremecer, han pasado, acaso..... Son, puede ser, las once y diez, y tenemos aún doce horas delante de nosotros....

De repente gritó:

—¡Silencio!

Me ha parecido oír pasos en el cuarto de al lado.

¡No me he engañado! Oigo un ruido de puertas seguido de pasos precipitados. Golpean el muro y dice la voz de Cristina Daé:

—¡Raúl!... ¡Raúl!...

¡Ah! gritamos todos á la vez del uno y del otro lado del muro. Cristina solloza, pues no sabía si encontraría vivo al vizconde... El monstruo ha estado terrible, según parece... No ha hecho más que delirar esperando que ella quisiera pronunciar el sí que le rehusaba... Y, sin embargo, le prometía ese sí si quería conducirla á la cámara de los suplicios... Pero él se había opuesto obstinadamente, con amenazas atroces para la raza humana... Por fin, después de horas y horas de este infierno, acababa de salir dejándola sola para reflexionar por última vez....

—¡Horas y horas!... ¿Qué hora es, Cristina? ¿Qué hora es?...

—¡Son las once!... ¡Las once menos cinco!...

—¿Pero qué once?...

—¡Las once que deben decidía de la vida ó de la muerte... Acaba de repetírmelo al marcharse, dice la voz angustiada de Cristina... ¡Es espantoso!... Delira, se ha arrancado la máscara y sus ojos despiden llamas... Y no hace más que reír... Me ha dicho riendo como un demonio ebrio: "¡Cinco

minutos! Te dejo sola á causa de tu conocido pudor... No quiero que te sonrojes delante de mí cuando me digas sí como las novias tímidas... ¡qué diablo, conoce uno su gente!..." Les digo á ustedes que estaba como un demonio ebrio. "Oye (se metió la mano en el saco de la vida y de la muerte). Oye, aquí tienes la llave de bronce que abre los cofrecillos de ébano que están en la chimenea de la cámara Luis Felipe... En uno de esos cofrecillos encontrarás un escorpión y en el otro un saltamontes, animales muy bien imitados en bronce del Japón... Son animales que dicen sí y no, es decir, que no tendrás más que volver el escorpión á la posición contraria de la en que le encuentres, y eso significará para mí, entrar entre en la cámara Luis Felipe, en la cámara nupcial, que dices que "sí"... El saltamontes, si le das vuelta, querrá decir que "no" para mí, cuando entre en la cámara nupcial... ¡Y se reía como un demonio ebrio! Yo no hacía más que reclamarle de rodillas la llave de la cámara de los suplicios, prometiéndole ser para siempre su mujer si me concedía ésto... Pero me dijo que no tendría más necesidad de esa llave y que iba á arrojarla en el lago.... Después, riéndose como un demonio ebrio, me ha dejado diciéndome que no volvería hasta dentro de

cinco minutos, pues sabe todo lo que se debe, cuando se es un hombre galante, al pudor de las mujeres... ¡Ah! sí, me ha gritado aún: ¡El saltamontes!... ¡Cuidado con el saltamontes!... ¡Eso salta, eso salta perfectamente bien!...

Trato de reproducir aquí en frases entrecortadas el sentido de las palabras delirantes de Cristina... Pues ella también, durante aquellas veinticuatro horas, había debido de tocar el fondo del dolor humano... y, acaso, había sufrido más que nosotros... A cada instante, Cristina se interrumpía para gritar: "Raúl, ¿sufres?..." Y palpaba los muros, que ahora estaban fríos, y preguntaba por qué razón habían estado tan calientes... ¡Y los cinco minutos transcurrieron y en mi pobre cerebro arañaban con todas sus patas el escorpión y el saltamontes....

Había yo conservado bastante lucidez para comprender que si se volvía el saltamontes, éste saltaba y, con él, muchos de la especie humana. No había duda de que el saltamontes mandaba alguna corriente eléctrica destinada á hacer saltar la pólvora.... Apresuradamente, el vizconde, que parecía haber recobrado su fuerza moral en cuanto oyó la voz de Cristina, explicó á la joven en qué situación espantosa nos encontrábamos, nosotros y la

Opera... Había que dar vuelta al escorpión en seguida....

Aquel escorpión, que respondía al sí tan ansiado por Erik, debía de ser algo que evitase la catástrofe.

—¡Anda, pues, Cristina!... ¡Mi mujer adorada... mandó Raúl.

Hubo un momento de silencio.

—Cristina, exclamé, ¿dónde está usted?

—Al lado del escorpión....

—¡No le toque usted!

Me había ocurrido la idea—porque conocía á mi hombre—de que el monstruo había aún engañado á la joven. Acaso era el escorpión el que iba á hacerlo saltar todo. Porque, en fin, ¿por qué no estaba él allí?... Hacía ya mucho tiempo que los cinco minutos habían transcurrido.... y él no había vuelto... Se había, sin duda puesto en salvo.... Y, acaso, estaba esperando la explosión formidable..... No podía en verdad esperar que Cristina consintiese jamás en ser su presa voluntaria. ¿Por qué no había vuelto?... ¡No toque usted al escorpión!....

—¡El! exclamó Cristina. ¡Le oigo!... ¡Ahí está!....

Erik llegaba en efecto. Oímos sus pasos que se aproximaban. Había llegado hasta Cristina sin pronunciar una palabra.

Entonces levanté la voz.

A esta llamada respondió en seguida en tono extraordinariamente pacífico:

—“¿No han muerto ustedes ahí dentro?”... Y bien, estense ustedes quietos.

Quise interrumpirle, pero él me dijo tan friamente que me quedé helado detrás del muro:

—Ni una palabra, “daroga,” ó lo hago saltar todo....

Y añadió en seguida:

—El honor debe corresponder á esta señorita.... Esta señorita no ha tocado el escorpión (¡qué tranquilamente hablaba!) esta señorita no ha tocado el saltamontes (¡con qué espantosa sangre fría!) pero nunca es tarde para hacer algo bueno. Mire usted, yo abro sin llave, porque soy el aficionado á trampas y lo abro y lo cierro todo como quiero y cuando quiero.... Abro los cofrecillos de ébano.... Mire usted, señorita, qué lindos animales.... Qué bien imitados están y qué inofensivos parecen.... Pero el hábito no hace al monje. (Todo esto con una voz blanca, uniforme).... Si se vuelve el saltamontes, saltamos todos, señorita, pues hay debajo de nuestros pies bastante pólvora para hacer saltar todo un barrio de París..... Si se vuelve el escorpión, toda esta pólvora es inundada.... Señorita, con ocasión de nuestras bodas, va usted á hacer un lindo regalo á

unos cientos de parisienses que aplauden en este momento una muy pobre obra maestra de Meyerbeer.... Les va usted á regalar la vida.... Usted, señorita, con sus bellas manos, va á hacer volver el escorpión (¡qué cansada era aquella voz!) Y alegría, alegría, nos casaremos....

Unos segundos de silencio, y después: ..

—Si dentro de dos minutos, señorita, no ha dado usted la vuelta al escorpión (tengo un reloj, añadió la voz de Erik, que anda lindamente bien) vuelvo yo el saltamontes, y el saltamontes salta que es un gusto....

Volvió á reinar el silencio, más espantoso él solo que todos los demás silencios espantosos. Sabía yo que Erik, cuando tomaba aquella voz pacífica y tranquila era que se sentía capaz del más titánico crimen ó de la más exagerada abnegación y que una sílaba desagradable á su oído podía desencadenar el huracán. El vizconde había comprendido que no había más que rezar y estaba rezando de rodillas.... En cuanto á mí, mi sangre palpitaba tan fuerte, que tuve que cogerme el corazón con la mano por miedo de que estallase.... Y era que presentíamos horriblemente lo que estaba pasando en aquellos segundos supremos en la mente de Cristina Daé.... es

que comprendíamos su excitación para dar vuelta al escorpión.

Por fin, se oyó la voz de Erik dulce esta vez, con una dulzura angelical:

—Los dos minutos han pasado... adiós, señorita.... ¡Salta, saltamontes!....

—¡Erik! exclamó Cristina, que debió de precipitarse á la mano del monstruo, ¿me juras, monstruo, me juras por tu infernal amor, que es el escorpión lo que hay que hacer girar?

—Sí, para saltar á nuestras bodas....

—¡Ah! bien lo ves, vamos á saltar....

—A nuestras bodas, inocente niña.... El escorpión abre el baile.... Pero, basta.... ¿No quieres el escorpión?.... ¡A mí el saltamontes!....

—¡Erik!

—¡Basta!....

Había yo unido mis gritos á los de Cristina, mientras el vizconde seguía de rodillas, rezando....

—¡Erik! ¡He dado vuelta al escorpión!....

... ..
¡Ah! qué segundo vivimos entonces....

¡Esperando!

Esperando no ser ya más que migajas en medio del trueno y de las ruinas....

Sintiendo rechinar bajo nuestros

pies, en el abismo, cosas... cosas que podían ser el comienzo de la apoteosis de horror.... Porque, por la trampa abierta en las tinieblas, fances negras en la noche negra, venía un silbido alarmante, como el primer ruido de un cohete.

Primero muy tenue... después más grueso... luego muy fuerte...

¡Pero escuchad, escuchad... y retened con las dos manos vuestro corazón pronto á estallar con muchos de la raza humana.

No es el silbido del fuego.

¡Se diría que es un chorro de agua!...

¡A la trampa!... ¡A la trampa!...

¡Escuchad! ¡Escuchad!...

El ruido hace ahora gluglú.... gluglú....

¡A la trampa!... ¡A la trampa!... ¡Qué frescura!...

Toda nuestra sed, que se había disipado cuando vino el espanto, vuelve ahora con el ruido del agua.

¡El agua! ¡El agua!... ¡El agua que sube!...

Que sube en la cueva por encima de los toneles de pólvora (¡toneles!... ¡toneles!... ¿quién vende toneles?) el agua hacia la que bajamos con gargantas abrasadas... el agua, que sube hasta nuestras bocas...

Y bebemos, en el fondo de la cueva... en la misma cueva...

Y volvemos á subir en la negra

noche, escalón por escalón, la escalera que habíamos bajado para salir al encuentro del agua y que subimos con ella.

Verdaderamente, hé aquí mucha pólvora perdida y anegada en mucha agua... Es hermosa tarea... No se mira al agua en la casa del lago... Si esto continúa, todo el lago se va á meter en la cueva...

Porque, en verdad, no se sabe ya dónde se va á detener... Hemos salido de la cueva y el agua sigue subiendo... Y también el agua sale de la cueva y se desparrama por el suelo... Si esto sigue, toda la morada del lago va á quedar inundada. El suelo de la cámara de los espejos es también un pequeño lago en el que se bañan nuestros pies. ¡Basta de agua!... ¡Es preciso que Erik cierre el grifo!... ¡Erik! ¡Erik! ¡Hay bastante agua para la pólvora!... ¡Cierra el grifo!... ¡Da la vuelta al escorpión!...

Pero Erik no responde ni se oye más que el agua que sube... La tenemos ya hasta media pierna...

—¡Cristina!... ¡Cristina!... el agua nos llega á las rodillas, grita el vizconde.

Pero Cristina no responde ni se oye más que el agua que sube...

¡Nada! ¡Nada en la cámara de al lado!... ¡Nadie!... ¡Nadie para dar vuelta al grifo!...

¡Nadie para volver el escorpión!..

—¡Estamos solos en la obscuridad, con el agua negra que nos oprime, que trepa, que nos hiela... ¡Erik! ¡Erik! ¡Cristina! ¡Cristina!

Hemos perdido pie y damos vueltas en agua arrebatados por un movimiento de rotación irresistible, pues el agua gira con nosotros y tropezamos en los espejos negros, que nos rechazan... Y nuestras gargantas, levantadas por el torbellino, gritan...

¿Acaso vamos á morir aquí, ahogados en la cámara de los suplicios?... ¡Jamás he visto eso!... ¡Erik, en los tiempos de las "Horas rosa," no me ha hecho ver cosa semejante por el ventanillo invisible!... ¡Erik! ¡Erik! te he salvado la vida... ¡Acuérdate!... ¡Estabas condenado, ibas á morir, y yo te abrí las puertas de la vida!... ¡Erik!...

¡Ah! damos vueltas en el agua como maderos...

Pero he cogido de repente el tronco del árbol de hierro... y llamo al vizconde... Hémos aquí á los dos suspendidos de la rama del árbol de hierro...

¡Y el agua sigue subiendo!

¡Recuerde usted! ¿Cuánto espacio hay entre la rama del árbol de hierro y el techo en cúpula de la cámara de los espejos?... Trate usted de acordarse.... Después de todo, puede que el agua vaya á detenerse y que encuentre naturalmente su nivel... Mire usted, me parece que se detiene.... ¡No! ¡Horror!... ¡A nado!... ¡A nado!... Y nuestros brazos nadan y se enlazan... Nos ahogamos... Pataleamos en el agua negra.... Nos cuesta trabajo respirar el aire que huye por no sé qué aparato de ventilación... ¡Ah! demcs vueltas hasta que encontremos la boca de aire... Pero me abandonan las fuerzas y trato de agarrarme á los muros. ¡Qué escurridizas son las paredes de espejos para mis dedos que buscan. ¡Seguimos dando vueltas!... ¡Nos hundimos!... ¡Un último esfuerzo!... ¡El último grito!... ¡Erik!... ¡Cristina!... Glu, glu, glu... en las orejas... en el fondo del agua negra, nuestras orejas hacen glu, glu, glu... Y todavía, antes de perder el conocimiento, me parece oír entre dos glu, glu... "¡Toneles!... ¡Toneles!... ¿Quién vende toneles?"

FIN DE LOS AMORES DEL PAN TASMA.

Aquí termina el relato "escrito" que me ha dejado el persa.

A pesar del horror de una situación que parecía condenarlos definitivamente á muerte, el vizconde de Chagny y su compañero fueron salvados por la abnegación sublime de Cristina Daé. Y yo he sabido todo el resto de la aventura por mismo daroga.

Cuando fui á verle, seguía vi- viendo en el mismo cuartito de la calle de Rívoli, enfrente de las Tullerías. Estaba muy enfermo, y fué preciso todo mi ardor de historiador al servicio de la verdad para decidirle á recordar conmigo el increíble drama. Su antiguo criado Darío seguía sirviéndole y fué quien me condujo hasta él. El daroga me recibió al lado de la ventana que daba al jardín y sentado en un amplio sillón en el que trataba de erguir un busto que no había carecido de belleza. Nuestro persa seguía teniendo sus ojos magníficos, pero su pobre cara estaba

muy ajada. Se había hecho afeitar enteramente la cabeza, que llevaba cubierta de ordinario con un gorro de astracán, y estaba vestido con una amplia hopalanda muy sencilla, en cuyas mangas se entretenía inconscientemente en dar vueltas á los pulgares. Su mente permanecía muy lúcida.

No podía recordar las antiguas angustias sin sentir alguna fiebre y le arranqué á retazos el fin sorprendente de esta extraña historia. A veces se hacía de rogar largo tiempo para responder á mis preguntas, y otras, exaltado por sus recuerdos, evocaba espontáneamente, delante de mí, con un relieve lleno de interés, la imagen espantosa de Erik y las horas terribles que el vizconde y él habían pasado en la casa del lago.

Había que ver el estremecimiento que le agitaba cuando me pintaba su despertar en la cámara Luis Felipe... después del drama de las aguas....

Al abrir los ojos, se había encontrado echado en una cama.... El vizconde estaba acostado en un sofá, al lado del armario del espejo. Un ángel y un demonio velaban por ellos.

Después de los espejismos é ilusiones de la cámara de los suplicios, la precisión de los detalles burgueses de aquella pieccecita tranquila, parecía trastornar aún la mente del mortal bastante temerario para aventurarse en aquel dominio de la pesadilla viviente. Aquella cama de madera, aquellas sillas de caoba barnizada, aquella cómoda y aquellos cobres, el cuidado con que se habían puesto en los respaldos de las butacas unos cuadrados de puntillas á gancho, el reloj de sobremesa, y á cada lado de la chimenea, los cofrecillos de apariencia inofensiva..... y, en fin, aquel estante lleno de conchas marinas, de acericos, de barcos de nácar y un enorme huevo de avestruz... y todo alumbrado discretamente por una lámpara de pantalla puesta sobre un velador... todo aquel mueblaje era de una fealdad casera tan pacífica, tan razonable "en el fondo de los fosos de la Opera," que desconcertaba la imaginación más que todas las fantasmagorías pasadas.

Y la sombra del hombre de la máscara, en aquel cuadro honesto y limpio, resultaba más fealdadable.

Esa sombra se inclinó hasta el oído del persa y le dijo, en voz baja:

—¿Estás mejor daroga?... ¿Miras mis muebles?... Es todo lo que me queda de mi pobre miserable madre....

Díjole otras cosas que el persa no recordaba, pero—y esto le parecía muy singular—tenía el recuerdo preciso de que durante aquella visión anticuada de la cámara Luis Felipe, hablaba sólo Erik. Cristina Daé no decía palabra y se movía sin ruido como una hermana de la caridad que ha hecho voto de silencio.... Llevaba en la mano una taza de cordial ó de humeante té... y el hombre de la máscara se la cogía para dársela al persa.

El vizconde seguía durmiendo...

Erik dijo vertiendo un poco de ron en la taza del daroga:

—Ha vuelto en sí mucho antes de que pudiéramos saber "si usted estaría vivo todavía un día, daroga." Va muy bien..... Está durmiendo.... no hay que despertarle....

Erik salió un momento y el persa, incorporándose sobre un codo, miró alrededor.... Vió, sentada en el rincón de la chimenea, la blanca silueta de Cristina Daé. Le dirigió la palabra, la llamó, pero estaba aún muy débil y volvió á caer en la almohada. Cris-

tina se acercó á él, le puso la mano en la frente y se alejó.... Y el persa recordaba que, al alejarse, no tuvo ni una mirada para el vizconde que dormía tranquilamente....

La joven se volvió á sentar en su butaca, al lado de la chimenea, silenciosa como una hermana de la caridad que ha hecho voto de silencio.

Erik volvió con unos frasquitos que puso encima de la chimenea. Y muy bajo aún, para no despertar al vizconde, dijo al persa después de haberse sentado á su cabecera y de haberle tomado el pulso:

—Ahora están ustedes salvados los dos. Y pronto voy á conducirlos á la superficie de la tierra, "para complacer á mi mujer."

Después de lo cual se levantó, sin más explicación, y volvió á desaparecer.

El persa miraba ahora el tranquilo perfil de Cristina Daé bajo la lámpara. Estaba leyendo un librito de canto dorado con aspecto de libro religioso. "La Imitación" tiene de esas ediciones. Y el persa tenía aún en el oído el tono natural con que Erik había dicho: "Para complacer á mi mujer...."

Muy bajito, el daroga llamó otra vez, pero Cristina debía de "leer muy lejos," porque no contestó.

Volvió Erik, hizo beber al daroga una poción, después de reco-

mandarle que no hablase á "su mujer" ni á nadie, "porque eso podía ser muy peligroso para la salud de todo el mundo."

Desde ese momento, el persa recuerda aún la sombra negra de Erik y la silueta blanca de Cristina, que se deslizaban, hacia él y hacia el vizconde. El persa estaba todavía muy débil y el menor ruido, la puerta del armario que se abriese, le daba dolor de cabeza... Después se durmió como el vizconde.

Esta vez ya no debía despertarse más que en su casa, cuidado por su fiel Darío, el cual le hizo saber que, en la noche anterior, se le había encontrado en la puerta de su casa, donde había debido de ser transportado por un desconocido, que había tenido cuidado de llamar antes de alejarse.

En cuanto el daroga recobró las fuerzas y la responsabilidad, envió á pedir noticias del vizconde á la casa de su hermano.

Le respondieron que el joven no había aún parecido y que el conde Felipe había muerto. Se había encontrado su cadáver en la orilla del lago de la Opera, por la parte de la calle de Scribe. El persa recordó la misa fúnebre á que había asistido detrás de los muros de la cámara de los espejos y no dudó del crimen ni del criminal. Conociendo á Erik, reconstituyó sin tra-

bajo el drama. Después de haber creído que su hermano se había llevado á Cristina Daé, Felipe se precipitó en su busca por el camino de Bruselas en el que sabía que todo estaba preparado para aquella aventura. No habiendo encontrado á los jóvenes, había vuelto á la Opera, había recordado las extrañas confidencias de Raúl sobre su fantástico rival, y había sabido que el vizconde había intentado penetrar en los fosos del teatro, y en fin, que había desaparecido dejando el sombrero en el cuarto de la diva al lado de un estuché de pistoñas. Y el conde que no dudaba ya de la locura de su hermano, se había lanzado tras él en aquel infernal laberinto subterráneo. ¿Hacia falta más, á los ojos del persa, para que se encontrase el cadáver del conde en la orilla del lago, donde velaba la sirena de Erik, esa portera del Lago de los Muertos?

El persa, pues, no vaciló. Espantado por aquel crimen y no pudiendo permanecer en la incertidumbre acerca de la suerte definitiva del vizconde y de Cristina, se decidió á decirselo todo á la justicia.

Ahora bien, la instrucción del asunto había sido confiada al juez Faure, y el persa se fué á llamar á su puerta. Puede suponerse de qué modo un espíritu escéptico y vulgar (lo digo como lo pienso)

y nada preparado á semejante confidencia, acogió la declaración del daroga. Este fué tratado como un loco.

Y el persa, desesperando de hacerse nunca oír, se puso á escribir. Puesto que la justicia no quería su testimonio, la prensa se apoderaría de él, acaso, y acababa un día de terminar la última línea del relato que he reproducido textualmente, cuando Darío le anunció que un extraño, que no había querido decir su nombre y al que era imposible ver la cara, había declarado que no se marcharía hasta que hubiese visto al daroga.

El persa, presintiendo inmediatamente quién era el visitante, ordenó que pasase.

El daroga no se había engañado. ¡Era el fantasma! ¡Era Erik!

Parecía presa de una extremada debilidad y se apoyaba en la pared como si temiera caerse. Quitóse el sombrero y mostró una frente de una palidez de cera. El resto de la cara estaba oculto por la careta.

El persa se puso en pie delante de él.

—Asesino del conde Felipe, ¿qué has hecho de su hermano y de Cristina Daé?

Al oír este formidable apóstrofe, Erik vaciló, se quedó un instante en silencio, buscó una butaca y se dejó caer dando un profundo sus-

piro. Y allí, dijo en cortas frases, falto de aliento:

—Daroga. . . . no me hables del conde Felipe. . . . Estaba muerto ya. . . . cuando salí de la casa. . . . cuando cantó la sirena. . . . en un accidente. . . . un triste y lamentable accidente. . . .

—¡Mientes! exclamó el persa.

Erik inclinó la cabeza y dijo:

—No vengo aquí para hablar del conde Felipe. . . . sino para decirte que. . . . me voy á morir. . . .

—¿Dónde están Raúl de Chagny y Cristina Daé?

—Me voy á morir.

—¿Raúl de Chagny y Cristina Daé?

. . . . de amor, daroga. . . . me voy á morir de amor. . . . así es. . . . ¡La amaba tanto! Y la amo aún, daroga, puesto que de eso muero. . . . Si supieras qué bella estaba cuando me permitió besarla "viva", por su salvación eterna. . . . Era la primera vez, daroga, la primera vez que besaba yo á una mujer. . . . Sí, viva, la he besado viva, y estaba tan bella como una muerta. . . .

El persa se levantó y se atrevió á tocar á Erik.

—¿Me dirás al fin si está viva ó muerta? dijo sacudiéndole el brazo.

—¿Por qué me sacudes así? respondió Erik con esfuerzo. Te di-

go que soy yo quien va á morir. . . . Sí, la he besado viva. . . .

—¿Y ahora está muerta?

—Te digo que la besé, así, en la frente, y ella no retiró su frente de mi boca. . . . ¡Ah! es una honrada joven. . . . En cuanto á estar muerta, no lo creo, aunque esto ya no es cuenta mía. . . . ¡No, no! No está muerta. . . . ¡Y que yo no sepa que alguien la ha tocado á un pelo de su cabeza! . . . Es una buena y honrada joven, que te ha salvado la vida por añadidura, daroga, en un momento en que yo no hubiera dado cinco céntimos por ella. . . . La verdad era que de tí nadie se ocupaba. ¿Por qué estabas allí con aquel pobre joven? . . . Tú ibas á morir sin saber por qué. . . . Palabra, ella me suplicaba por su joven, pero yo le respondía que habiendo vuelto el escorpión por su propia voluntad, me había yo convertido en su novio y no tenía ella necesidad de dos, lo que era muy justo. En cuanto á tí, no existías ya, te lo repito, é ibas á morir con el otro novio.

Solamente, escucha bien, como gritabais como condenados á causa del agua, Cristina vino á mí, con sus hermosos ojos muy abiertos, y me juró por su salvación eterna, que consentía en ser "mi mujer sin matarse". . . . Hasta entonces, en el fondo de mis ojos, había yo visto siempre á mi mujer muerta;

era la primera vez que "la vela viva"... Era sincera; no se mataría. Trato concluido. Medio minuto después, todas las aguas habían vuelto al lago, y te estaba yo tirando de la lengua, porque creí, daroga, que no lo contabas.... Por fin, todo se arregló... Estaba convenido que debía llevaros á vuestra casa en la superficie de la tierra. En fin, cuando me desembarazasteis la cámara Luis Felipe, volví á ella solo.

—¿Qué habías hecho del vizconde de Chagny? interrumpió el persa.

—Ya comprendes, daroga, que á él no iba á llevarle, así, en seguida, á la superficie de la tierra... Era un rehén... Pero no podía tampoco tenerle en la morada del lago, á causa de Cristina.... Así es que le encerré muy cómodamente y le encadené con gran limpieza (el perfume de Mazenderan le había puesto blando como un guante) en la cueva de los comuneros, que está en la parte más desierta de la más lejana cueva de la Opera, debajo del quinto foso, adonde nunca va nadie y desde donde podía hacerse oír. Me quedé muy tranquilo y volví al lado de Cristina, que me estaba esperando....

Al llegar á esta parte de su relato, parece que el fantasma se levantó tan solemnemente que el persa, que había vuelto á colocarse en

su butaca, tuvo que levantarse también, como obedeciendo al mismo movimiento y sintiendo que era imposible permanecer sentado en tan solemne momento, y, según me dijo el persa mismo, se quitó el gorro de astracán, aunque tenía la cabeza afeitada.

—¡Sí! me estaba esperando, siguió diciendo Erik, que se puso á temblar como una hoja, pero á temblar con verdadera emoción... me estaba esperando, en pie, "viva", como una verdadera prometeda "viva".... Y cuando me adelanté, más tímido que un niño recién nacido, ella no se escapó... no, no, se quedó... y me esperó... y hasta creo, daroga, que un poco, no mucho, pero un poco, me presentó la frente como una prometida viva.... Y.... yo.... yo.... la besé.... ¡Yo!.... ¡Yo!.... ¡Y no estaba muerta!.... ¡Y se quedó tranquilamente á mi lado después de besarla!... ¡Mi madre, daroga, mi pobre y miserable madre, no quiso nunca que yo la besase.... Se escapaba.... arrojándose mi máscara.... Ninguna mujer.... ¡jamás!.... ¡jamás!.... ¡Ah! entonces, tú comprendes, ante tanta felicidad, lloré. Y caí temblando á sus pies.... y se los besé llorando.... ¡Tú también lloras, daroga.... y el ángel lloró!....

Al contar estas cosas, Erik sollozaba, y el persa, en efecto, no

podía contener las lágrimas ante aquel hombre enmascarado que, sacudido por terribles espasmos, se llevaba las manos al pecho y rugía de dolor y de enternecimiento.

—¡Oh! daroga, sentí que corrían sus lágrimas por enfrente.... ¡Eran cálidas y dulces!.... y sus lágrimas corrían por todas partes bajo mi máscara, é iban á mezclarse con las mías en mis ojos y corrían hasta mi boca.... Escucha, daroga, escucha lo que hice.... Me arranqué la máscara, para no perder una sola de sus lágrimas.... ¡Y ella no huyó!.... ¡Y no está muerta!.... ¡Siguió viviendo y llorando conmigo.... ¡Hemos llorado juntos!.... ¡Señor del cielo, me has dado toda la felicidad del mundo!....

Erik cayó sollozando en la butaca, y el persa se precipitó hacia él, pero el fantasma le detuvo con un ademán:

—¡No! no voy á morir en seguida.... Pero déjame llorar!....

Al cabo de un instante, el hombre de la máscara siguió diciendo:

—Oye, daroga, oye bien esto... Cuando estaba á sus pies.... oí que decía: "¡Pobre, desgraciado Erik!" y "me cogió la mano"... ¡Ya no fui más, como comprendes, que un pobre perro pronto á morir por ella!.... como te lo digo, daroga....

"Figúrate que tenía yo en la mano un anillo de oro que le había dado, que ella había perdido, y que yo había encontrado.... ¡Una alianza!.... Se lo puse en la manita, y le dije: ¡Toma!.... toma eso.... para tí.... y para él.... Será mi regalo de boda.... el regalo del "pobre, desgraciado Erik".... Sé que le amas á ese joven.... No llorés.... Ella me preguntó con voz muy dulce qué quería decir; y entonces le hice comprender, y ella comprendió en seguida, que yo no era para ella más que un pobre perro dispuesto á morir.... pero que ella podía casarse con el joven cuando quisiera, porque había llorado conmigo.... ¡Ah! daroga, puedes pensar que cuando le decía esto estaba cortando tranquilamente mi corazón en cuatro pedazos, pero había llorado conmigo.... y había dicho: ¡Pobre, desgraciado Erik!....

Era tal la emoción de Erik, que tuvo que advertir al persa que no le mirase, porque se ahogaba y estaba en la necesidad de quitarse la máscara. El daroga fué á la ventana y la abrió con el corazón henchido de piedad, pero teniendo cuidado de fijarse en los árboles de las Tullerías para no ver la cara del monstruo.

—Fui, continuó Erik, á libertar al joven y le dije que me siguiese á buscar á Cristina.... Delante de

mi, se abrazaron en la cámara Luis Felipe.... Cristina tenía mi anillo.... y le hice jurar que, cuando yo estuviera muerto, iría una noche por el lago de la calle de Scribe á enterrarme con gran secreto, con el anillo.... Le dije cómo hallaría mi cuerpo y lo que tenía que hacer... Entonces, Cristina me besó á su vez la frente.... (no mires, daroga) aquí, en mi frente.... (no mires, daroga) y se marcharon los dos.... Cristina ya no lloraba.... pero sí lloraba.... daroga, daroga, si Cristina cumple su juramento.. volverá muy pronto....

Y Erik se calló. El persa no le hacía ya pregunta alguna. Estaba enteramente tranquilo sobre la suerte de Cristina y del vizconde, y nadie de la raza humana, después de haberle oído aquella noche, hubiera podido poner en duda la palabra de Erik que lloraba.

El monstruo se puso la máscara y reunió las fuerzas para dejar al daroga, anunciándole que cuando sintiera su fin muy próximo, le enviaría para darle las gracias por el bien que le había hecho en otro tiempo, lo que había más querido para él en el mundo, los papeles de Cristina, que ésta había escrito para Raúl en los momentos de esta

aventura y que había dejado á Erik, así como unos objetos que procedían de ella, dos pañuelos, un par de guantes y un lazo de zapato. Respondiendo á una pregunta del persa, Erik le dijo que los dos jóvenes habían resuelto ir á buscar un sacerdote en el fondo de alguna soledad en la que ocultarían su dicha, y habían topado, con ese desiguito, "la estación del Norte del Mundo". En fin, Erik contaba con el persa para que en seguida que hubiese recibido las reliquias y los papeles prometidos, anunciase su muerte á los jóvenes. Para ello, debía pagar una línea en los anuncios necrológicos del periódico "La Epoca."

El persa acompañó á Erik hasta la puerta de su casa y Darío le fué sosteniendo hasta la acera. Un coche de alquiler le estaba esperando. Erik montó en él, y el persa, que se había puesto en la ventana, le oyó decir al cochero: "Al terraplén de la Opera."

El coche se hundió en la noche. El persa había visto por última vez al pobre, desgraciado Erik.

Tres semanas después, el periódico "La Epoca" publicaba este anuncio necrológico:

"ERIK HA MUERTO."

EPILOGO

Tal es la verídica historia del Fantasma de la Opera. Como decia al comienzo de esta obra, no se puede dudar que ha vivido realmente. Hay demasiadas pruebas, al alcance de todos, de esa existencia, para que no se pueda seguir razonablemente todo lo que hizo Erik en el drama de los Chagny.

No es preciso repetir aquí cuánto apasionó á la capital este asunto. Aquella artista robada, el conde de Chagny muerto en condiciones tan excepcionales, su hermano desaparecido y el triple sueño de los empleados del alumbrado de la Opera.... ¡Qué dramas, qué pasiones, qué crímenes, se habían desarrollado alrededor del idilio de Raúl y de la dulce y encantadora Cristina!... ¿Qué había sido de la sublime y misteriosa cantante, de la que la tierra no debía oír hablar más?... Se la representó como víctima de la rivalidad de los dos hermanos y nadie imaginó lo que había suce-

dido; nadie comprendió qué, puesto que Raúl y Cristina habían desaparecido los dos, ambos prometidos se habían retirado lejos del mundo para saborear una dicha que no hubieran querido que fuese pública después de la muerte inesperada del conde Felipe.

Habían tomado un día el tren en la estación del Norte del Mundo..... Yo también es posible que tome un día el tren en esa estación y vaya á buscar alrededor de tus lagos, ¡oh Noruega! ¡oh silenciosa Escandinavia! las huellas acaso vivientes todavía de Raúl y Cristina, y también de la anciana Valerius, que desapareció igualmente al mismo tiempo.... ¡Acaso un día percibiré con mis oídos, al eco solitario del Norte del Mundo, repetir el canto de la que conoció al Angel de la Música!....

Mucho después de que la causa fuese sobrecobrada, por la gestión poco inteligente del juez Faure, la